

3. El ancla de la salvación

La esperanza está simbolizada por el ancla, por ejemplo, en el capítulo 6 de la carta a los Hebreos:

“Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: *Te llenaré de bendiciones y te multiplicaré abundantemente*; y así, perseverando, alcanzó lo prometido. (...) De la misma manera, queriendo Dios demostrar a los beneficiarios de la promesa la inmutabilidad de su designio, se comprometió con juramento, para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos ánimos y fuerza los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús, Sumo Sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec”. (Heb 6,13-20)

La promesa de vida y de fecundidad que Dios nos hace nos propone una esperanza: “los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante”. Pero este aferrarse firmemente a la esperanza que nos propone la promesa de Dios es como echar el ancla de la vida para que quede fija, “que penetra más allá de la cortina”, donde Cristo nos precedió subiendo al Cielo para sentarse a la derecha del Padre, y donde intercede por nosotros ofreciéndose como Sacerdote y Víctima por nuestra redención.

Estas imágenes de la carta a los Hebreos describen nuestra vida como una nave que sólo encuentra tranquilidad y seguridad si su ancla está echada y anclada más allá del velo del santuario, más allá de la realidad inmediata, para fijarse en el Cielo, en la eternidad en la que Cristo entró después de la muerte y la resurrección ascendiendo al Cielo. Al fin y al cabo, el ancla de la esperanza es Cristo mismo, su humanidad crucificada, que lleva nuestras heridas en presencia del Padre.

De hecho, el ancla tiene forma de cruz, por lo que también se representaba en las catacumbas para simbolizar la pertenencia de los fieles difuntos a Cristo Salvador. Esta ancla ya está firmemente amarrada al puerto de nuestra salvación. Nuestra tarea, lo que se nos pide como esperanza en nosotros, está más bien representada por la cuerda que ata nuestra nave al ancla de Cristo. En Él, es decir, en el ancla, la cuerda está firmemente atada, pero es como si se nos pidiera atar la barca a esta cuerda, atar nuestra vida a ella, estar atados a Cristo que nos salva, que ya nos ha salvado muriendo y resucitando por nosotros.

Navegamos sobre las olas embravecidas del mar y necesitamos anclarnos a algo sólido. Pero ahora la tarea ya no consiste en echar el ancla y fijarla al fondo del mar. La tarea consiste en atar nuestra nave a la cuerda que, por así decirlo, cuelga del Cielo, donde está firmemente fijada el ancla de Cristo. Al atarnos a esta cuerda, nos atamos al ancla de la salvación y damos certeza a nuestra esperanza.

¿Qué significa tener una esperanza cierta? Hay una oración muy conocida de san Francisco, que yo rezo todos los días desde hace casi cincuenta años, una oración que él rezaba ante el Crucifijo de San Damián, el que le habló y del que surgió toda su vocación:

“Oh Dios alto y glorioso, ilumina las tinieblas de mi corazón.

Dame fe recta, esperanza segura, caridad perfecta, humildad profunda.

Dame, Señor, sabiduría y discernimiento para hacer tu verdadera y santa voluntad”.

La imagen de la carta a los Hebreos nos hace comprender que la esperanza es cierta cuando la barca de nuestra vida, zarandeada por las olas, se ata a esa cuerda que nos une al ancla que, más allá del velo del santuario, está fijada en Cristo crucificado que está a la derecha del Padre, es decir, en la comunión y la predilección eternas del Padre, en el amor del Espíritu Santo.

Esta imagen nos hace comprender que no hay certeza en la esperanza con la que caminamos por la vida si no existe este vínculo con la eternidad. Pero no una eternidad vaga, sin rostro: la eternidad trinitaria, el amor eterno del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, al que Cristo crucificado y resucitado ha anclado con su cuerpo humano, herido y glorioso, nuestra humanidad herida, llamada a aterrizar, para alcanzar con Él, la gloria del Cielo.

Todo está bien expresado en la oración litúrgica de la solemnidad de la Ascensión del Señor: “Que tu Iglesia, oh Padre, exulte con santa alegría por el misterio que celebra en esta liturgia de alabanza, porque en tu Hijo ascendido a los cielos nuestra humanidad es elevada junto a ti, y nosotros, miembros de su cuerpo, vivimos en la esperanza de alcanzar a Cristo, nuestra cabeza, en la gloria.”

Cristo glorioso encarna y hace eterna la esperanza de esta plenitud.